



La época mortal de la "lepidia"

EN nuestra dormilona época colonial, "la noche de tres siglos", como la llamó Benjamín Vicuña Mackenna, vivían nuestros antepasados una existencia sedentaria y ociosa, dedicados a amasar fortunas con poco esfuerzo que les proporcionaban sus extensos campos agrícolas o sus no despreciables pertenencias mineras. Ponían especial énfasis en sus rezos, para que los temblores no sacudieran demasiado a la ya tantas veces reconstruida capital del Reino, o para que el Mapocho no se saliera de su cauce, causando tantos deterioros. Por otra parte, sin teatro ni otros espectáculos de entretenimientos, sin diarios ni ferrocarriles, tan lejos geográficamente de otros centros de mayor movimiento, en el ánimo del vecindario se arraigó fácilmente aquel decir tan español: "el día es para comer y la noche para dormir".

Vicuña Mackenna, en términos muy amenos, relata en su *Historia de Santiago* el "programa" del diario vivir de los señores del Santiago del Nuevo Extremo. "Era más común entonces madrugar porque los mortales seguían de cerca las gallinas en la hora del reposo y la primera diligencia". Sin embargo, no se despabilaban de inmediato como las aves de corral, porque —agrega don Benjamín— "después del mate y del cigarro entre las sábanas, era la misa". Por cierto que todo el vecindario asistía diariamente al Santo Oficio y de regreso, sin ningún formalismo y donde le tocara, se servían una taza de chocolate. Entre este brevísimo desayuno y la hora de la cena, que corresponde al almuerzo de hoy, se hizo costumbre entre los varones tomar disimulada-

mente, por "vía confortativa", aguardiente: de donde nació el apelativo de las "once" que se referían a las once letras del referido licor. "Los rotos —dice Vicuña Mackenna— decían únicamente *hacer la mañana*, bien que ésta durara hasta la hora de acostarse".

Pero, sin dudas, "el acto más grave del diario pasar de los colonos" fue la "comida" que se servía entre la una y dos de la tarde. La primera medida, antes de iniciar la cena, era cerrar por dentro el portón de la entrada para alejar los "importunos", y como nunca faltaba algún curita de turno, sea pariente o no, éstos antes de la sopa rezaban una breve oración. Los guisos eran entonces contundentes, esencialmente de productos de nuestra tierra. En las recetas de muchos se notaba "algún trasunto de España". Se comenzaba con el hervido (especie de olla podrida), seguía el puchero, albóndigas o chanfaina, charquicán o frejoles, sin faltar finalmente el asado con ensaladas de verduras. Este asado era de cualquier parte del vacuno, porque no existía ninguna forma especial de desposte, ya que "al correr del cuchillo" iban saliendo los asados. Los viernes, día de abstinencia, el pescado reemplazaba las carnes. Los postres eran sustancialmente muy similares a los de la Península, salvo "los huevos chimbos" que, en esa materia, eran tan chilenos como el charquicán en guiso. Cuentan que una señora Riesco, esposa del Oidor Basso, hizo llegar a Fernando VII una bandeja con estos singulares dulces. El monarca español, famoso por su glotonería, le prodigó grandes elogios a este "postre indiano".



Escribe
HERNÁN
EYZAGUIRRE

Tras la comida, el vecindario se retiraba a sus dormitorios para dormir la siesta, otra institución nacional de aquella época. Nadie la eludía, de manera que a los visitantes extranjeros les llamaba la atención el desolador vacío de las calles de Santiago a esas horas.

La misma tarde se pasaba rápidamente en hacer o recibir visitas, o en el verano salir a pasear a la Cañada o al Tajamar. A la hora de la "queda", que era anunciada al vecindario por una campanada oficial, toda la familia se reunía a rezar el rosario, antes de servirse la cena. A ésta, sin embargo, no asistían ni niños ni servidumbre, porque a ellos se les había dado antes "la merienda". Los guisos de la cena eran igualmente contundentes como los de la comida. "Consistía, dice Vicuña Mackenna, en puchero de carnero, en pescado frito, papas con arroz e indefectiblemente asado (estomaguito o huachalomo) con una ensalada fuertemente condimentada con ají". De allí, termina don Benjamín, que la "lepidia" viviera sus mejores días en aquella época, porque la indigestión hacía terribles estragos en esos cristianos que se iban a dormir recién terminada la pantagruélica cena, confiados en entregarse a un sueño reparador y eran súbitamente sorprendidos por la "lepidia" que los llevaba las más de las veces al sueño eterno, porque la incipiente medicina colonial poco o nada podía hacer por estos infelices glotonos consuetudinarios.

Por eso ha quedado de aquella época, dormilona, tranquila e inactiva, el proverbio que dice: "Si quieres enfermar, cena y vete a acostar".

La época mortal de la "lepidia" [artículo] Hernán Eyzaguirre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Eyzaguirre, Hernán

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La época mortal de la "lepidia" [artículo] Hernán Eyzaguirre. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile